

No abandonó la reina Isabel de Inglaterra su papel de hipócrita aun despues de la bajada al sepulcro de su competidora. Al contrario, fué esta misma circunstancia la que dió mas realce á la falsedad que durante este drama habia mostrado. Al recibir la noticia de que se habia llevado á efecto el suplicio de Maria, aparentó la mayor sorpresa mezclada del dolor é indignacion mas viva. Se encerró en su cuarto sin querer hablar con nadie, prorumpiendo en exclamaciones contra sus malos servidores que sin su conocimiento se habian apresurado á remitir la fatal órden con tanta rapidez obedecida. Mas esta órden la habia firmado ella misma y sido llevada al Consejo privado por el secretario de Estado, y encargo de la reina. Los ministros se aterraron con estas demostraciones del dolor y sentimiento, y el secretario de Estado se tuvo desde entonces por un hombre perdido sin remedio. Así lo fué en efecto. Necesitaba la reina de Inglaterra una víctima para que cargase con la responsabilidad del suplicio de Maria. Se le puso preso en la torre, se le formó su proceso y se le condenó á pagar la enorme suma en aquel tiempo de diez mil libras esterlinas, dejándole reducido á un estado poco menos que de mendicidad, sin haber vuelto nunca á la gracia de la reina. Si los guardadores de la de Escocia hubiesen cedido á las insinuaciones que se les hizo de terminar sus dias sin aguardar la mano del verdugo, regularmente hubiesen sido castigados despues como viles asesinos.

Resonó en todos los ángulos de Europa el suplicio de la reina de Escocia, la indignacion de algunos de sus príncipes fué extrema. Su hijo, el rey de Escocia, puso como era natural los gritos en el cielo. Por mucho que trató Isabel de templar aquella irritacion, tal vez el suceso lamentable que la producía, aceleró el estallido de la tempestad que desde España se estaba preparando contra ella.

CAPITULO LXI.

Ruptura de la guerra entre España é Inglaterra.--Conferencias de Burburgo.--Preparativos de una invasion en el segundo de estos paises.--Se apresta en Lisboa una armada poderosa, á que se dá el nombre de Invencible.--Preparativos en Flandes del duque de Parma nombrado general del ejército de tierra.--Preparativos de Isabel.--Muere en Lisboa el marqués de Santa Cruz nombrado general en jefe de la armada.--Le sucede el duque de Medinasidonia.--Sale al mar la armada.--Tempestad en el cabo de Finisterre.--Arriba á la Coruña.--Entra en el canal de la Mancha.--Escaramuzas entre la armada española y la inglesa.--Fondea la primera junto al puerto de Calais.--Imposibilidad de reunirse con las tropas del príncipe de Parma.--Toma Medinasidonia el rumbo al Norte.--Tempestad.--Desastres.--Pérdida de buques en las islas Orcadas, en las Hébridas y en las costas de Irlanda.--Llega á España la armada medio destruida.--Pérdida de hombres y buques.--Palabras de Felipe II al saber el destrozo de la escuadra.--Expedicion de los ingleses sobre Portugal.--Su desembarco en la Coruña.--Pasan á Lisboa donde no pueden penetrar.--Vuelve la expedicion á Inglaterra con gran pérdida (1).

1588—1589.

HABIA llegado el tiempo de que tomase un carácter positivo y público la guerra sorda que de hecho existía entre Felipe II y la reina de Inglaterra. Llevaba esta enemistad de fecha tantos años, como de reinado contaban ambos príncipes, sobre poco mas ó menos de la misma edad, y que con la diferencia sola de dos años habian subido al mismo tiempo al trono. Si fue cierta la negativa de Isabel á la proposicion de matrimonio que le hizo don Felipe al quedar viudo de su hermana, por ningun estilo trató de curar la llaga que hizo en su amor propio este desaire. Sea que esto fuese ó no el principio de la enemistad, era esta grande, alimentada con cuantos

(1) Herrera, Ferreras, Strada, Thou, Hume y otros.

sentimientos de discordia pueden caber en el corazón de dos monarcas. Si aún no había entre los dos rivalidad de poderío, pues el del rey de España era conocidamente superior, la había de secta, de supremacía, de nombre, de ascendiente, de aquella fuerza moral que tanto halaga al corazón del hombre. Campeón Felipe del catolicismo, caudillo en cierto modo Isabel en el campo protestante, tenía que ser el odio recíproco y vivo el deseo de hacerse mutuamente daño. Con los enemigos de Isabel estaba don Felipe; con los de éste la primera; mas si la animosidad era mutua, y si se quiere igual, si existían agravios de una y otra parte, la imparcialidad histórica obliga á confesar que los mas públicos, las provocaciones mas marcadas habían sido todas por la de la reina inglesa. Sin disfraz envió ésta socorros de hombres y dinero á los Países-Bajos declarados contra el rey de España; y si la expedición, sobre todo la del conde de Leicester, no era un acto de abierta hostilidad, consistió sin duda en que no convino considerarle como tal al rey de España. Asilo y protección en Inglaterra había encontrado don Antonio; con fuerzas de Inglaterra había éste efectuado su expedición en las Terceras. Con gente, con bandera inglesa se habían hecho desembarcos en las posesiones españolas de Ultramar, y almirante inglés era sir Francisco Drake que en la bahía de Cádiz acababa de incendiar una gran parte de su escuadra. Era imposible que no se hiciese pública, que no se declarase abiertamente una guerra que llevaba ya tan larga fecha.

El proyecto de la invasión de la Inglaterra venia de mas lejos. Cuando la conquista de las islas Terceras por el marqués de Santa Cruz, aconsejó al rey este general que emplease aquellas fuerzas maritimas vencedoras y que se podian reforzar muy fácilmente contra una potencia declarada en hostilidad por haber dado asilo á don Antonio, y contribuido con sus fuerzas á la expedición destinada que tenia por objeto consolidar su autoridad en dichas islas. Debieron de hacerle fuerza las ra-

zones de un hombre de mar tan entendido como el marqués, quien al mismo tiempo de presentarle fácil la expedición, le brindaba con la gloria de restablecer para siempre la fé católica en Inglaterra. Mas empeñado entonces en la guerra de Flandes, aún de aspecto muy dudoso, y tal vez por parecerle la empresa mas difícil que al marqués, no dió por entonces oídos á sus proposiciones. Es dudoso si á pesar de tanta animosidad se hubiese decidido el rey á empeñarse en una guerra abierta á no haber ocurrido el suplicio de María Estuarda. Mas este atentado pareció sin duda tan grave, tan atroz, tan insultante para todos los príncipes católicos, que se decidió á tomar la causa como suya y á vengar solemnemente este ultraje hecho al bando de quien era él el principal caudillo.

Favorecian entonces las circunstancias este gran proyecto. Se hallaba el duque de Parma victorioso en los Países-Bajos y con grande esperanza de someterlos todos á su antiguo imperio. Triunfaba la política de Felipe en Francia, donde ejercia realmente mas poder que el mismo Enrique. El emperador Rodolfo era su amigo y estaba acostumbrado á considerarle con la deferencia como su sobrino y educado en su misma corte. Los príncipes luteranos del Imperio no se hallaban en estado de enviar socorros á la reina inglesa. Por lo que hace al Papa, en lugar de disuadirle de la expedición hizo ver que había llegado el tiempo de emplear todas sus fuerzas para acabar con una princesa enemiga de Dios y de los hombres, fautora de la heregía, protectora de todos los rebeldes que atacaban á la Iglesia. A sus exhortaciones añadió promesas de dinero para sufragar los gastos de la santa empresa.

Se ofrecian, pues, al rey de España todas cuantas facilidades podia desear por parte de los monarcas de la cristiandad; mas la empresa pareció sumamente difícil á algunos de sus consejeros. Dijeron éstos que aunque sería fácil á la escuadra del rey de España arrollar la de la reina inglesa, se expondría á los mayores desastres sus

fuerzas de tierra, desembarcando en un país extraño, cuyos moradores no podrian menos de acudir á la defensa de su reino. Que casi nunca se conseguia el objeto de conquistar un país á mano armada, á menos de llevar fuerzas en extremo numerosas, ó que los habitantes se mostrasen propicios al dominio de los forasteros; que ninguna de ambas cosas podia tener lugar en la ocasion, teniéndose que llevar las tropas embarcadas, y siendo tan impopular en Inglaterra el nombre de los españoles: que aunque pudiesen apoderarse de algunos puntos de la costa, se encontrarían con obstáculos invencibles cuando quisiesen penetrar en el país, por falta de víveres y de comunicaciones. Que por lo tanto era preferible comenzar la expedicion por la Irlanda, pueblo católico, sumamente deseoso de sacudir el yugo de Isabel, ó bien por la Escocia, donde el rey Jacobo debia de estar sumamente resentido con la reina de Inglaterra por el suplicio de su madre.

Por su parte, el duque de Parma, con quien se consultó el asunto, dió por respuesta que en lugar de hacerse una expedicion contra Inglaterra, era preferible el destinar los navíos y soldados preparados para ella, á terminar la conquista de todos los países-Bajos, sujetando con las fuerzas navales las provincias marítimas del norte que se mantenían en su rebelion, por ser superiores en marina al rey de España: que despues de sujetado y pacificado todo aquel país, se podia preparar allí la expedicion contra Inglaterra, siendo la distancia tan corta, y pudiendo entonces aprovecharse el rey de todos los navíos y demas buques que estaban ahora al servicio de sus enemigos. Eran muy plausibles las razones de los que se oponían á la expedicion, ó querían se efectuase sobre Irlanda: las del duque de Parma no podían ser mas poderosas. Pasar á conquistar la Inglaterra quedando sin sujetar los Países-Bajos parecia prematuro. Preparar la expedicion marítima en las costas de España pudiendo hacerse en las de Flandes, tenia grandes vi-

sos de imprudencia. Mas Felipe II se atuvo á su primer dictámen y dió las órdenes mas terminantes para los preparativos de una expedicion que llamaba ya sobre sí todos los ojos de la Europa.

Parece inverosímil que mientras el rey de España preparaba armamentos formidables para atacar á la reina de Inglaterra, y ésta escogitaba con la mayor actividad cuantos medios podían concurrir á su defensa, estuviesen empeñados los dos príncipes en negociaciones de amistad y de avenencia. Mas así era en efecto. Por la mediacion del rey de Dinamarca se habían convenido ambos soberanos en enviar plenipotenciarios á un punto de los Países-Bajos con objeto de arreglar las desavenencias de las dos coronas, y al mismo tiempo los negocios de los estados disidentes que estaban en tan mala situacion por las victorias del de Parma. Se presentaron en efecto plenipotenciarios por Felipe II y por la reina de Inglaterra. También envió los suyos Alejandro, aunque no podían menos de obrar en todo bajo la dependencia de su soberano. En cuanto á los estados, desconfiados de la buena fé de Isabel, temiendo que serían sacrificados á la política ó intereses de los dos monarcas, no quisieron tomar parte en el asunto, y resueltos á llevar adelante el de su independencia á todo trance, se abstuvieron de enviar comisionados á Burburgo, sitio de las conferencias.

Era visible y tan claro como la misma luz del día, que esta reunion de diplomáticos no tenía por una y otra parte mas objeto que el de ganar tiempo. Intentaba Felipe II adormecer á Isabel mientras terminaban los preparativos del armamento que á su ruina destinaba. Era la intencion de la reina Isabel ganar tiempo mientras preparaba sus medios de defensa, esperando por otra parte, que dando algunas largas á la negociacion, terminaria la estacion favorable para la salida de la armada. Se hicieron, pues, de una y otra parte proposiciones, se discutieron artículos de arreglo y paz entre los dos prin-

cipes, comprometiéndose el rey de España á pagar á la inglesa el dinero que habia adelantado á los estados disidentes; se obligaba esta á trabajar todo lo posible para que estos volviesen á la obediencia de su antiguo soberano. Mas no se vino á ningun arreglo, porque ninguna de las dos partes contratantes tenia confianza en la buena fé de la contraria. Los preparativos del rey de España estaban listos: urgia el tiempo de poner en campaña las fuerzas de mar y tierra destinadas á la conquista de Inglaterra. Terminaron bruscamente las negociaciones, casi se puede decir al ruido del cañon que se disparaba desde entrambos campos.

Eran inmensos los preparativos que habia hecho el rey de España para aquella empresa colosal, superior á cuanto se habia visto en el curso de aquel siglo. Resonaron los acentos de la guerra en toda Europa, cuyos ojos estaban fijos en esta gran contienda. En todos los paises sujetos á la dominacion del rey se desplegaba una maravillosa actividad con el movimiento de tropas, con el alistamiento de otras nuevas. En todos los arsenales y astilleros se preparaban buques, se construian otros nuevos, se aprestaba toda suerte de pertrechos navales, y se acopiaban víveres y municiones proporcionados al número de combatientes que por tierra y por mar se ponian en campaña. Jamás habia habido tanto movimiento en la Península española desde que todos sus estados formaban una sola monarquía.

Se designó á Lisboa como el punto de reunion de todas las fuerzas navales destinadas á la empresa. Se nombró por generalísimo de la armada al marqués de Santa-Cruz, cuyos dilatados y útiles servicios le daban derecho á este cargo importantísimo. Pasaba entonces el marqués por el primer hombre de mar de todos los dominios españoles y casi como el principal de Europa. Correspondió á la confianza del rey activando todos los preparativos de la expedicion, sobre todo dirigiendo la construccion de buques de alto bordo,

los mayores que hasta entonces se habian conocido (1).

A fines de mayo de 1588, estaba ya en estado de darse á la vela esta armada, á la que con la seguridad y embriaguez de un triunfo próximo se la dió el título pomposo de Invencible. Se componia de ciento y treinta buques grandes, llamados unos galeras ordinarias y galeones, siendo éstos de porte superior á los primeros. Se embarcaron en la escuadra cinco tercios españoles, mandados por los maestros de campo, Diego Pimentel, Agustin Mejía, Alonso Luzon, Nicolás de Isla y Francisco de Toledo con diez y ocho mil ochocientos y cincuenta soldados. Ascendia el número de marineros y sirvientes á bordo á siete mil cuatrocientos y cincuenta. Se presentaron ademas doscientos veinte caballeros principales y grandes de España, y otros aventureros de menos alta condicion, en número de trescientos cincuenta y cuatro con seiscientos y cuarenta soldados de servicio. Con esta gente y no pequeño número de frailes que se embarcaron para atender á los socorros espirituales de la armada, llevaba esta consigo veinte y ocho mil trescientos hombres.

Cuando estaba para salir la expedicion al mar ocurrió la muerte de su general el marqués de Santa Cruz, pérdida que pareció á muchos irreparable, por los muchos conocimientos, larga experiencia, valentía á prueba y fama grande que alcanzaba. Fue su sucesor el duque de Medinasidonia, de muy poca experiencia militar, y de ninguna en la marina. Sin embargo, pareció al rey, que bien aconsejado por hombres inteligentes, llenaria su puesto, resultando por otra parte utilidad á la expedicion por el acto de ser mandada por un hombre de su alcurnia.

(1) En uno de nuestros capítulos suplementarios presentaremos un bosquejo de lo que era la marina en aquel siglo; sobre todo en España, con la descripcion de los diferentes buques, con sus nombres y demas particularidades que llaman la curiosidad del lector, deseoso de comprender bien lo que en este punto nos refieren los historiadores de aquel tiempo.

Mientras estos preparativos se hacían en Lisboa, no estaba vacío en los Países-Bajos el de Parma, encargado del mando del ejército de tierra y de dirigir el desembarco. Con la mayor actividad reunió y organizó las tropas que de orden del rey se encaminaban á Handes, tanto de España como de Milan, de Sicilia y de Nápoles, de la Borgoña y Franco Condado, además de otras que al sueldo del rey se alistaban en varias partes de Alemania. Allegó Alejandro cuantos buques pudo para transportar su ejército á las costas de Inglaterra, y no siendo suficientes hizo construir en los puertos de Amberes, Ostende y Dunkerque un gran número de barcos chatos para hacer este servicio. Resonaban en todos los Países-Bajos el estruendo de los preparativos de la guerra de Inglaterra, y de todas partes acudían las tropas que estaban destinadas á este gran servicio y con ellas muchos caballeros y grandes de España y asimismo de Italia, de Alemania, deseosos de militar en las banderas de Alejandro. No se había visto tanto movimiento en aquel país á pesar de los veinte años que llevaba ya de guerra, ni tan crecido número de gente armada bajo unos mismos estandartes. Cuarenta mil hombres de infantería y tres mil caballos componían parte del ejército de Alejandro. Estaban los primeros distribuidos en veinte y un tercios, y los segundos en veinte y un cornetas ó escuadrones. Había entre estos tercios tres italianos, mandados por Camilo Capisucci, Gaston de Espinola y Carlos Espinelli. Cuatro españoles á las órdenes de Sancho de Leyva, Juan Manrique de Lara, Manuel de la Vega y cabeza de Vaca; un catalán mandado por Luis de Queralt; cinco alemanes por Juan Manriquez, Ferrante Gonzaga, los condes de Aremberg y Barlamont y Carlos de Austria, marqués de Borgau; siete de valones por el marqués de Reuti, los condes de Bossu, Octavio Mansfeld de la Mota de Barbanzon, y de Wert; uno de borgoñones por el marqués de Barambou, y otro de irlandeses por Guillermo Stanley. Mandaba la caballería el marqués del Vasto.

Dividió Alejandro este ejército en dos trozos, destinando treinta mil infantes y mil y ochocientos caballos á la expedición de Inglaterra que debía mandar en persona, dejando los restantes para continuar la guerra en los Países-Bajos á las órdenes del conde de Mansfeld, nombrado gobernador general durante su ausencia.

No estaba ociosa por su parte la reina de Inglaterra mientras tan formidables fuerzas preparaba contra ella su enemigo. Con toda serenidad y valor como á tan esforzada princesa le cumplía, preparó cuantos medios de defensa podían conjurar la terrible tormenta que la amenazaba. Sabedora de que sus enemigos contaban con los resentimientos del rey de Escocia, tan ofendido por el suplicio de su madre, se dedicó á templar sus iras por medio de una solemne embajada, en que le hizo ver lo mal que le estaba hacerse instrumento de los enemigos de su religión, que aspiraban á ser dueños de un país que le correspondía por herencia: que era de su interés unir al contrario sus fuerzas con las suyas para repeler una agresión que no podía menos que redundar en el destrozo de los dos países; que si tan rigorosa se había mostrado con la madre, había tenido parte en ello el interés del hijo, y que en fin la Inglaterra y la Escocia debían de ser durante su vida íntimos aliados, para acostumbrarlos poco á poco á no ser con el tiempo mas que un solo estado.

Las razones eran especiosas, y el rey de Escocia no pudo menos de sentir su peso. Heredero natural y forzoso de la reina de Inglaterra, ya demasiado avanzada en edad para casarse y tener hijos, debía de considerar la Inglaterra como suya, y por lo mismo en detrimento suyo cuantas conquistas hiciesen en ella las tropas extranjeras. Respondió, pues, con templanza á la reina Isabel, y se comprometió á no formar alianza ni dar auxilio alguno á sus encarnizados enemigos.

Libre Isabel de este cuidado, se aplicó al alistamiento de cuantas fuerzas navales y de tierra podían ser ne-

cesarias para la defensa de la isla. Era la marina inglesa muy poco considerable á la sazón, y por lo regular se componian las armadas reales de barcos alquilados al comercio. Se alistaron cuantos fué posible: se reunieron hasta setenta y dos aunque de pequeño porte, nombrándose por general de mar á lord Howard de Effingham, que tenia por segundos á Drake, Hawkins y Frovister. Se situó esta armada, provista de todos los enseres necesarios, en el pueblo de Plymouth, como punto avanzado para observar el movimiento de los españoles.

Mientras tanto se alistaba un ejército de veinte mil hombres con objeto de oponerse al desembarco y orden de replegarse sobre otras fuerzas inferiores en caso de no poder hacer resistencia al ímpetu de los enemigos. Se destinaron además veinte y dos mil hombres mandados por el conde de Leicester para defender la capital y que se situaron en Tilbury. Se componia el cuerpo principal del ejército de treinta y cuatro mil infantes y dos mil caballos á las órdenes de lord Hunsdon, que debia acudir con ellas á los puntos donde creyese necesario.

Ni la escuadra de Isabel se podia comparar en el número y porte de los buques con la de Felipe, ni sus tropas de tierra tenian la experiencia de sus valientes veteranos españoles, italianos, alemanes y flamencos. Mas se trataba de la defensa nacional, de la defensa de un país, cuya reina hábil, sagaz y previsorá sabia hablar al corazón de sus súbditos y dar la primera ejemplo de constancia y serenidad en el peligro. Rodeada de los principales magnates de su corte se presentó á caballo á las tropas formadas en Tilbury, y recorriendo sus filas las exhortó á la defensa del país en términos que arrancaron aplausos de entusiasmo. Con no menos calor y habilidad se dirigió á la masa de sus pueblos haciéndoles sentir las calamidades de que iban á ser víctimas en caso de caer en manos de un rey como el de España, cuya política y sobre todo intolerancia religiosa eran objeto de terror para el partido protestante. Hasta los mismos ca-

tólicos en quien Felipe II tenia puestas tantas esperanzas se pusieron por esta vez de parte de Isabel; tal los espantaba la idea de una invasión extranjera aunque fuese de católicos, tal era la prevención que tenian contra el rey de España sus mismos correligionarios, y tal la terrible impresión que habian hecho los rigores esparcidos en Flandes por el duque de Alba. Tuvo Isabel la habilidad de conservar en estos buenos sentimientos á los católicos, no persiguiéndolos con motivo de una invasión que tenia por pretexto el restablecimiento en la isla de la fé católica. De todos modos les hizo ver que cualesquiera que fuesen sus sentimientos, eran antes que todo ingleses, y que como ingleses debian considerar la agresión á viva fuerza por un príncipe extranjero.

A pesar de tan formidables preparativos de la reina inglesa no era bien sabido todavía el punto á que estaba destinada la escuadra de Felipe. Se habia observado en esto una reserva tanto por el gobierno del rey como por el mismo duque de Parma, que estaba con él de inteligencia. El porte de los mismos buques hacia creer que no podian destinarse á las costas de Holanda y de Zelanda, donde lo bajo de los fondos necesitaba otros mas chicos y de menos quilla. La idea mas probable era pues la verdadera, es decir, la invasión de Inglaterra, mas no dejaba de estar recelosa la corte de Francia, que sabia muy bien las relaciones íntimas entre Felipe II y los principales jefes de la liga, á cuyos auxilios pudiera muy bien destinarse, sino el todo á lo menos una parte de la escuadra. Así solo el resultado y la salida al mar de la expedición puso patente cuál era la verdadera intención del rey de España. Y todavía se guardó tal secreto sobre la época de la salida, que creyendo la reina Isabel que estaba diferida para el año siguiente, mandó suspender los preparativos de defensa y dió orden para que se desarmasen parte de los buques que en la rada de Plymouth se reunian. Mas el lord Howard, que se hallaba mejor informado, representó contra la imprudencia de esta disposición y recabó de la